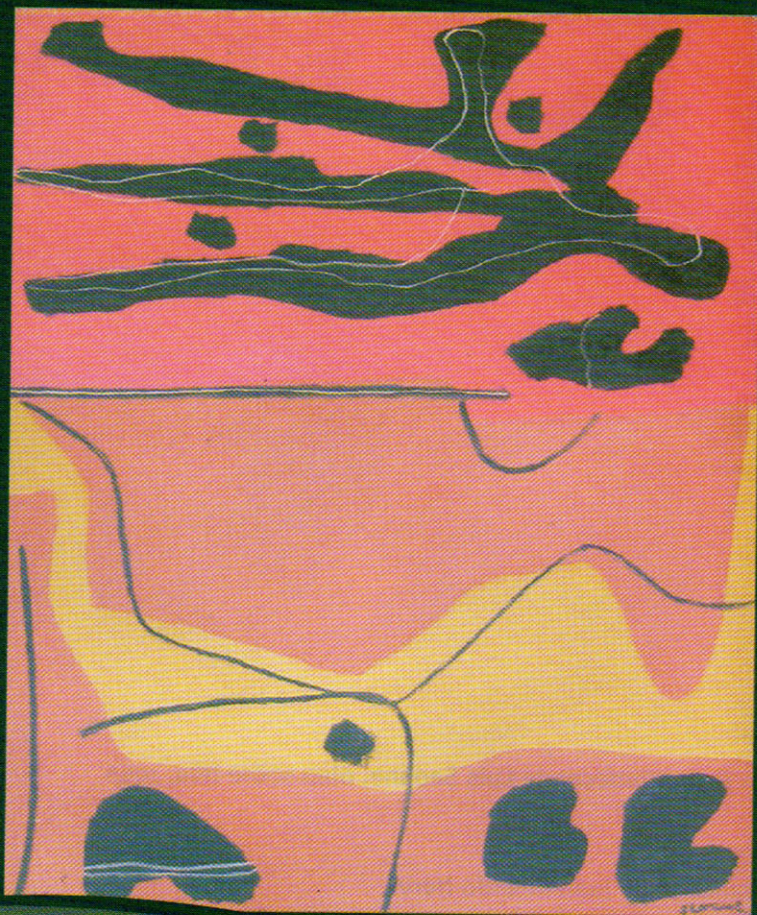


Tristán y la Calandria

Juan Ricardo Nervi



La Pampa lee

Imagen de tapa: *Rojo atardecer* de Luis Seoane, óleo sobre tela, 1966

"Tristán y la Calandria" de Juan Ricardo Nervi

En *Epopéyas Pampeanas: narradores I*

© Juan Ricardo Nervi

© Desde la gente, Buenos Aires, 1998

Colección: "La Pampa lee"

Diseño y edición: Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología, 2004

TRISTÁN Y LA CALANDRIA

JUAN RICARDO NERVI

Despacio, despacio...que no se espante, que no sienta ...!
- ¡Así, así... sin que cruja una ramita, sin que te enganches la ropa... Así, despacio, despacito...!

Poco a poco, avanzando como un felino, Tristán se acercó al árbol, un caldén de enmarañada copa.

Era un derroche de trinos, un surtidor de melodías. Toda la magia del canto brotaba del pajarito gris perla. Pero Tristán no oía, no quería oír. En ese momento era solamente ojos, pupilas penetrantes buscando el claro propicio. El pecho de la avecilla no era para él la cajita de música que poblaba el aire de arpegios. Era el blanco perfecto. Y hacia allí enderezó el hondazo feroz, la piedra artera.

El golpe, seco, sumió a la tarde en duro silencio. El pájaro fue cayendo con lentitud, de rama en rama. Vivía aún cuando el muchacho lo descolgó de la vara seca y espinosa. Apenas un segundo más de vida: un entreabrir de ojos, un ligero estertor acompañado de un leve quejido, y expiró.

La sangre de la calandria se mezcló con la que manaba de

sus dedos, producida por los pinchazos del caldén antes de entregar su canoro inquilino.

¡Su sangre y la del ave, juntas...! ¿Qué fue lo que conmovió a Tristán en ese instante? De pronto, aplastado por el áspero silencio del monte, se sintió tremendamente solo. Miró a la calandria muerta – un velloncito de plumas en el hueco de la mano – y lo invadió una densa tristeza. "¿...Y ahora, qué...por qué , para qué...?". No se atrevió a meterla en la bolsa, con la torcaza y el tordo cobrados anteriormente. Le pareció un sacrilegio. Y allí mismo, con la horqueta de su gomera hizo un pequeño hoyo y la enterró.

No le resultó fácil convencer a sus compañeros de excursión de que una paloma y un tordo eran sus únicas conquistas. Todos esperaban que sacase más y más presas de la maleta, de una en una, como lo hiciera en otras ocasiones. Pero esta vez no fue así.

–¿Qué te pasó...se te recalcó la muñeca?– le preguntó Quico. Los demás rieron de la ocurrencia. Quico le disputaba el liderazgo del grupo, y en ese momento concitaba la admiración de todos porque mostraba nada menos que una viudita, el solitario pajarito blanco que pocos lograban atrapar.

La sorprendente defección de Tristán ubicaba a su competidor en primerísimo lugar, máxime habiendo cazado una

pieza de tanta importancia para ellos. Ahora vaciaban sus bolsos.

–¿Y vos, qué cazaste...a ver ...?

–¡Mirá...una cachila...un cardenal! ¿A ver vos...?

A medida que iban mostrando sus presas, Tristán padecía. "¡Qué no sea calandria... Que no sea calandria...!". No podía quitarse del pensamiento la imagen del pajarito cantor, su leve estertor final, aquel quejido de agonía... suspiró aliviado cuando comprobó que ninguno había matado calandrias. Todavía sentía en sus dedos la marca pegajosa de aquella sangre, y corrió a lavársela con el agua barrosa de un charco. Allí se quedó, en cuclillas y caviloso, alejado de los demás.

–¿Qué te pasa...? ¿Se te apareció la viudita...? –Chanceó Quico acercándose y moviendo ante su rostro el pajarito blanco como si fuese un péndulo.

Tristán no contestó. Se limitó a mirarlo con fijeza, con un extraño gesto que abrió un compás de silencio en la algazara. Después solemnemente, dijo:

–¡Juro que nunca más volveré a matar pájaros!

Cuando regresaban al pueblo, al atardecer la línea del horizonte mostraba hacia el oeste un extraño resplandor rojo. Y horas más tarde, en plena noche, se produjo un raro fenómeno: llovió ceniza.

Al principio nadie sabía de qué se trataba. Para algunos,

era la cola de un cometa que había tocado la Tierra; para otros, "el fin del mundo", el desastre total.

Esa noche Tristán no pudo dormir. Para sus trece años esa angustia era nueva; esa soledad, distinta. En una fracción de segundo había intuido el secreto de la belleza y el misterio de la muerte. Fue necesario el sacrificio de una calandria para que él aprendiera, con sangre, su primera lección de sabiduría.

Durante aquellos momentos de pánico y desesperación que originaron un caos en la casa; entre lamentos y "qué-se-rá-de-nosotros", "tápense-la-boca-respiren-por-la-nariz", él permaneció indiferente, casi impasible. No se alarmó. No lloró. Su desasosiego fue más poderoso que la catástrofe.

–iTristán, Tristancito...no salgas al patio...!

–No, no saldré, mamá...

–iQuédate en el cuarto y no abras para nada la ventana...!

–Sí, mamá...

No bien terminó de contestar a su madre, le pareció oír –precisamente en la ventana– un arañar desesperado; como si alguien pidiese auxilio. ¿Eran aleteos y quejidos lo que estaba oyendo? Prestó atención, pero no se repitieron. Pero bastó aquella aparente ilusión de sus sentidos para que reviviesen, dolorosos, los sucesos de la víspera. Entrecerró los ojos; el polvillo blancuzco se los irritaba. Lagrimeaba. De

pronto comenzó a llorar con un llanto manso que le produjo alivio. En esa actitud lo encontró la madre y, también llorosa lo estrechó contra el seno.

—¡No llore hijito! ¡Ya pasará todo...Quédese aquí y no abra para que no entre el polvillo. Yo vuelvo enseguidita..!.

Un beso y salió. ¡La pobre mamá! Andaba de aquí para allá, resguardando muebles y objetos, baldeando el corredor, santiguándose, consolándose a sí misma y animando a los demás. Un primer impulso lo instó a llamarla para desahogarse confiándole su inmensa pena. ¿Quién sino su madre podría comprenderlo...? Pero no lo hizo. Supuso que aquello, un mundo para él, no significaba nada para ella, sobre todo en esas circunstancias. Y la dejó sumergirse en el distante rumor de voces y exclamaciones que le llegaban como ecos de un país distinto del suyo.

Por unos minutos había olvidado a la calandria. Intentaba dormir, cuando volvió a escuchar un aleteo y un levísimo piar en la ventana. Esta vez no cabía duda: sus sentidos no lo engañaban.

Despacio, despacito, como cuando se arrastraba en pos de la presa, fue abriendo el postigo.

Lo que vió lo llenó de asombro. Atraídos por los haces de luz que se filtraban por las rendijas, se juntaban allí varios pajaritos semiasfixiados por el finísimo polvo. El alféizar era un

tabla de salvación; y –¡oh, prodigio!– el aleteo, los arañazos y el leve piar reclamando ayuda, provenían de una calandria.

¡Cómo auxiliarlos! Desoyendo los consejos maternos, abrió la ventana y bien pronto su mesa de estudio se convirtió en hospital de pájaros. Las avecitas se dejaban hacer: primero, lavarlas con agua fresca, procurar que respirasen normalmente; después, darles de comer y de beber.

Fue una noche larga, interminable. Cuando, por fin, se hizo el día, los pájaros estaban a salvo. Pero no terminó allí la afanosa, tenaz misión de Tristán. Sus pajaritos se fueron multiplicando. De aquí y de allá, en repetidas incursiones por los alrededores, iba trayendo otros, famélicos, sedientos, casi sin respiración, pues la ceniza volcánica tapaba los pequeños orificios del pico. Con inagotable paciencia los volvía a la vida.

Cuando pasó el peligro y se tranquilizaron los ánimos, días después, hizo una pausa para el recuento de vidas puestas a salvo. Eran más, muchísimas más de lo que hubiera supuesto. No menos de un centenar de pajaritos revoloteaban en una vieja pajarera convenientemente restaurada.

A diario la recubría con arpilleras mojadas para que el polvillo no llegase a su interior. Protegía delicada, amorosamente, cada gorrión, chingolo, torcacita o ratucha. Cuando la atmósfera se limpió por completo e hizo posible el vuelo de las aves, una clara mañana, dispuso la suelta. Estaban allí

todos los muchachos que habían colaborado en el "salvataje"; todos se empeñaban en participar.

Fue una hermosa ceremonia. Los fueron soltando de a uno, como quien se despide de un amigo entrañable:

–¡Adiós, chingolín...! ¡Chau, gorrión...! ¡Adiós, adiós!

–Yo jamás volveré a usar la honda... –dijo Quico.

–¡Ni yo...,ni yo...! –corearon los demás.

El frenesí de la libertad hacía que los pajaritos se mostraran desagradecidos; ninguno remoloneaba para irse. Deliberadamente dejó Tristán para lo último a la calandria. Su mansedumbre era tal, que con sólo ofrecerle el dedo índice posaba en él cómodamente, como suelen hacerlo las cotorras. De ese modo la sacó de la jaula con un amistoso "¿Cómo te va...?". Había honda expectativa en el grupo; todos sabían de su predilección por aquel pájaro, y cuando, con un envión, gritó: "¡A volar...!", un "¡Hurra!" unánime le hizo coro.

Pero la calandria prefirió estarse allí nomás, en las primeras ramas de una acacia. A saltitos, la cola en abanico, llegó hasta la copa del árbol, e hinchando el pecho soltó su canto. Un canto de despedida, hondo, lleno de gratitud; un derroche de trinos, un surtidor de melodías...

–¡Parece que agradeciera en nombre de todos...! A lo mejor los otros pajaritos le encargaron a ella que lo hiciese... ¿Vos no creés...? –argumentó Quico.

Se volvió hacia Tristán, y al ver sus lágrimas agregó:

–¿Qué?... ¿Estás llorando...? ¡No te pongas así, total...!
–Pero Tristán no lloraba. Sonreía entre lágrimas. Porque en aquella exaltación de trinos renacía la vida. "¡Gracias... gracias...!". Bajo la mortaja de ceniza, en el blanco suelo, quedaba lugar para la esperanza: su calandria había vuelto a cantar.

JUAN RICARDO NERVI

Docente, narrador, poeta, periodista, artista plástico. Nació en Eduardo Castex el 19 de agosto de 1921. Profesor de Ciencias de la Educación, se desempeñó en establecimientos educacionales de la Argentina y México. Reside en Santa Rosa y fue asesor pedagógico de la Universidad Nacional de La Pampa. Obra editada, aparte de gran cantidad de material pedagógico: *Tristán y la calandria* (prosa), *Gleba*, *Otra vez la gleba*, *Rastro en la sal*, *Aldea gringa* (poesía).



PRESIDENCIA *de la* NACIÓN

MINISTERIO *de*
EDUCACIÓN
CIENCIA *y* TECNOLOGÍA



GOBIERNO DE LA PAMPA

MINISTERIO DE CULTURA Y EDUCACIÓN



CÁMARA DE DIPUTADOS DE LA PAMPA

